

Ana Rosa Suárez Argüello

“William M. Gwin: su proyecto de colonización del noroeste de México, (1864-1865)”

p. 727-734

*La ciudad y el campo en la historia de México. Memoria de la VII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Papers presented at the VII Conference of Mexican and the United States Historians*

Gisela von Wobeser y Ricardo Sánchez (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

956 p.

ISBN 968-36-2348-4 (tomo II)

ISBN 968-36-1865-0 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/276-02/ciudad-campo.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Ana Rosa Suárez Argüello\*

**William M. Gwin: su proyecto de colonización del  
noroeste de México (1864-1865)**

Después de la Independencia, la larga frontera común con los Estados Unidos constituyó una fuente de problemas para México. El aumento de población, el desarrollo económico, los intereses políticos, su “destino manifiesto” hacían sentir a los norteamericanos la necesidad de la expansión territorial. La adquisición de Texas, Oregon, Nuevo México, California y la Mesilla satisficieron en parte esta necesidad, mas no fue suficiente. Los defensores de la expansión manifestaron un gran interés por el noroeste mexicano. No dudaban que, con el tiempo, esta región formaría parte de su país y que sus abundantes recursos agrícolas, mineros y comerciales serían debidamente explotados por sus conciudadanos.

Mientras tanto, las naciones europeas contemplaban preocupadas el creciente poderío de los Estados Unidos. Al parecer su influencia en América constituía una grave amenaza, tanto por su situación de joven potencia como por su gobierno republicano, en el que veían un peligro para las monarquías y tradiciones europeas. Al intervenir en México, Napoleón III se propuso erigir en el noroeste un baluarte capaz de detener la inminente expansión norteamericana. El momento era favorable: ocupados en su guerra civil, los Estados Unidos no tratarían de hacer respetar la Doctrina Monroe.

Desde luego, el emperador de Francia tenía también otros objetivos: explotar las legendarias minas de Sonora y llenar con sus metales preciosos las arcas de Francia; abastecer su industria textil con el algodón que podía producir aquel estado mexicano; colonizarlo con europeos industriuosos -de preferencia latinos y católicos- que desarrollarían económicamente el territorio, lo defenderían con energía y evitarían que fuese absorbido por sus poderosos vecinos del norte.

En la *Convención de Londres* (31-X-1861), Francia se había comprometido, junto con Inglaterra y España, a no buscar adquisiciones territoriales o ventajas particulares en México. Sin embargo, después de que los ingleses y los españoles regresaron a Europa, Napoleón III ordenó a sus representantes diplomáticos y militares que obtuviesen la concesión de las minas no denunciadas de Sonora.<sup>1</sup> Imaginaba que con el producto de su explotación, no sólo cubriría los gastos de guerra y las reclamaciones francesas, sino que también justificaría la enorme inversión en vidas y bienes que había significado la aventura mexicana.

Sostenida por el poder de un ejército extranjero y preocupada por los rumores de que Juárez había otorgado concesiones en el noroeste de México a ciertos intereses mineros estadounidenses, la Regencia\*\* tuvo que acceder a las demandas galas. En un tratado firmado el 27 de febrero de 1864, se entregó a Francia el dominio económico y militar de Sonora: durante los quince años siguientes, sus representantes podrían

\*Instituto Dr. José María Luis Mora.

<sup>1</sup>Citado por Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 240-241; Napoleón III a Bazaine, Compiègne, 16 de diciembre de 1863 en Pablo Gaulot, *Sueño de imperio. La verdad de la expedición a México según documentos inéditos de Ernest Louet, pagador en jefe del cuerpo expedicionario*, México, A. Pola, 1905, p. 245-246.

\*\*Gobierno organizado en la ciudad de México por los invasores. Lo integraban tres mexicanos que, supuestamente, ejercían el poder ejecutivo.

explotar las minas no denunciadas o no trabajadas, vigilarlas militarmente y dar concesiones a compañías particulares. Se convino que México obtendría cuando menos el 10% de los beneficios mineros y que estos beneficios se abonarían al pago de la deuda militar -los 210 millones de francos gastados por el ejército expedicionario en 1862 y 1863-, además de un interés anual del 5%, que sería retroactivo al 1 de enero del año en curso.<sup>2</sup>

Tanto los jefes franceses como los regentes mexicanos trataron de conseguir, por medio de la diplomacia, la adhesión del gobierno de Sonora. Fracasaron. Fue Ignacio Pesqueira, el gobernador, quien manifestó, de manera inequívoca, su lealtad a la república y su animadversión hacia la Intervención y el Imperio. Quedaba entonces a las armas galas intentar la conquista de la provincia.

En Francia, mientras tanto, Napoleón III creyó haber encontrado al dirigente que necesitaban sus planes. William M. Gwin (1805-1885), exsenador de California, estaba dispuesto a participar personalmente en ellos. Si bien durante sus once años de permanencia en el senado de los Estados Unidos, Gwin se había manifestado como un firme defensor de la expansión de su país, el emperador galo confió en él. El norteamericano lo liberaba de la responsabilidad de intervenir directamente en el noroeste mexicano, sin perder por ello el beneficio de explotación de las minas y la garantía del pago de sus deudas. Al permitirle participar en sus proyectos, el monarca francés mostraba la poca consistencia de los ideales antiexpansionistas y antinorteamericanos con que se había lanzado a México.

La Guerra Civil había trastornado la existencia y las ideas del exsenador. Sureño por nacimiento y simpatías, dueño de una gran plantación y de numerosos esclavos en Mississippi, Gwin tenía propiedades en un estado “norteño”: California; pero además, aunque estaba seguro de que la Unión ya no existía, de algún modo sentía devoción por ella. No en vano había ocupado un puesto en el Senado durante muchos años, cargo del que se sentía realmente orgulloso. Con intereses en la Unión y en la Confederación, Gwin había preferido abandonar los Estados Unidos. Después de una breve estancia en el Sur, para arreglar asuntos de negocios, se había trasladado a Francia estableciendo ahí su residencia desde fines de 1863.

Pronto se cansó de la vida ociosa. El antiguo senador sentía deseos de reconstruir su fortuna personal<sup>3</sup> y de dirigir sus energías hacia una empresa importante. Fue entonces cuando concibió y se comprometió en el llamado proyecto de Sonora: ambicioso programa de colonización para explotar las minas y el suelo del noroeste de México. Con el apoyo del marqués de Montholon, recientemente nombrado embajador en México, y del duque de Morny, medio hermano de Napoleón III, ministro y presidente del cuerpo legislativo francés, quien le ofreció apoyo económico para trabajar las minas, construir ferrocarriles e inaugurar líneas de vapores, se entrevistó con el emperador. Este se interesó por sus propuestas y lo instó a elaborar un plan más formal, mismo que, junto con unas notas explicativas, presentó al gobierno francés en el mes de marzo de 1864.<sup>4</sup>

El “Plan de colonización de Sonora y Chihuahua” sugería la creación, por decreto imperial, de un departamento militar que recibiría el nombre de “Departamento Minero del Norte de México”. Su territorio debía extenderse por el este de Sonora y el oeste de Chihuahua y excluiría, en la medida de lo posible, las tierras ocupadas por población mexicana.

<sup>2</sup>Bazaine a Napoleón III y al ministro de la Guerra de Francia, México, 25 de febrero y 9 de marzo de 1864 en Genaro García (ed.), *La intervención Francesa en México según el Archivo del Mariscal Bazaine*, 2 v., México, Porrúa, 1973. (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Publicados por Genaro García. Biblioteca Porrúa, 54 y 55), v. 1, p. 296-297, 320.

<sup>3</sup>El ejército del general Grant había destruido su plantación en Mississippi.

<sup>4</sup>“Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua” y “Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua”, París, marzo de 1864 en *The Overland Monthly*, San Francisco, Overland publishing company, segunda serie, v. XVII, núm. 101, mayo de 1891, p. 502-505.

La administración del departamento quedaría integrada por un director en jefe de Colonización y Minas, por un ensayador, un comisario extraordinario y un consejo técnico supervisado por un ingeniero en jefe. El responsable del gobierno sería el director, que aplicaría a su juicio los códigos municipales y militares. La vigencia de la ley militar sería factor indispensable para mantener el orden entre los colonos y para controlar a los audaces que nunca faltaban en la colonización de las regiones ricas en minas.

Gwin pensaba que el nuevo departamento debía contar con la protección del ejército francés. Solicitaba una tropa de caballería de mil hombres y una batería de artillería de montaña. Con eso sería suficiente para apoderarse de la región, evitar las hostilidades de los indios o eliminarlos en caso necesario. Los mil hombres constituirían, además, el núcleo de la futura colonia. Pedía que fuesen los mejores soldados que Francia pudiera tener en México, ya que la riqueza de las minas sería una tentación tan grande para ellos que, fácilmente, podrían desertar o insubordinarse. A fin de evitarlo, proponía dividirlos en tres cuerpos que cambiarían de labor cada seis meses: mientras un grupo trabajaba en las minas, los otros dos servirían en tareas de campamento y participarían en expediciones militares. Con lo que obtuviesen de la explotación minera, se formaría un fondo común que se distribuiría entre los oficiales y soldados de acuerdo a su rango. De tal manera, comentaba Gwin con entusiasmo, cada uno sería un hombre rico al terminar su servicio militar.

El norteamericano preveía el establecimiento de un tribunal que juzgase las reclamaciones de tierras y minas concedidas por gobiernos anteriores. Aquella que lo ameritase, podría ser pagada con fondos del tesoro imperial. Consideraba muy importante impedir que las reclamaciones, en su mayoría con más de cien años de existencia, retrasaran o evitaran la colonización. Convenía que los inmigrantes que llegaran a Sonora y Chihuahua pudiesen ocupar las tierras cultivables y las minas abandonadas sin temor a futuros litigios por su propiedad. Sugería que todas las tierras laborables y sin dueño que hubiese en el departamento se declarasen dominio imperial y se abrieran a la colonización. Debía darse preferencia a los primeros inmigrantes que llegasen: se les permitiría adquirir un máximo de 160 acres.\* El título de propiedad se entregaría después de dos años consecutivos de ocupar y cultivar una parte de terreno, de pagar \$ 1.25 pesos o dólares por acre y de jurar fidelidad al emperador mexicano.

Gwin afirmaba que la región de Sonora y Chihuahua podía considerarse una de las más ricas en minerales del continente americano. Por tanto, su plan reglamentaba también la explotación minera. Estimaba que las minas ya denunciadas, pero no ocupadas y trabajadas en la fecha del decreto, pudiesen ser denunciadas otra vez por el primero que llegase. Estipulaba que el tesoro imperial mexicano recibiría en forma de lingotes un impuesto del 6% de la producción total de oro y plata. Sugería el establecimiento de oficinas de ensaye, cuyas principales funciones serían las de recoger toda la producción minera, examinar su calidad, cobrar el 6% del gobierno y pagar a los dueños de las minas el valor correspondiente a su depósito, en moneda nacional. De esta manera, podía asegurarse una fuerte reserva de capital.

Para lograr la permanencia del Imperio mexicano, apuntaba el norteamericano, era importante fomentar la colonización. Así, en su plan proponía invitar a establecerse en el nuevo departamento, mediante incentivos especiales, a colonos de los distritos mineros de los Estados Unidos y de la Columbia Británica; esto permitiría formar una colonia que enriquecería y fortalecería al Imperio. Sus compatriotas serían los pioneros de una gran inmigración, procedente de Canadá, Francia, Alemania, España y América del Sur, que llegaría atraída por la riqueza de las minas, la facilidad de

\* 64.64 hectáreas. Un acre equivale a 4 046 m<sup>2</sup>.

acceso y la rapidez con que podrían tener dispuestas provisiones, maquinaria minera y cuanto necesitasen.

La colonización del noroeste beneficiaría en mucho al naciente Imperio. Sonora y Chihuahua llegarían a estar habitados por “una población robusta y vigorosa” a la que los mexicanos no debían temer. Los recién llegados no sólo desarrollarían los recursos naturales, sino que lograrían decuplicar el precio de sus propiedades y acabar con la hostilidad de los indios que, durante años, habían sido el azote de la región. Las ventajas comerciales y financieras también llegarían a ser enormes. El tesoro imperial recaudaría los derechos mineros y los de aduanas de la maquinaria y las provisiones importadas. Sobre la base de estos ingresos, el gobierno podría negociar un empréstito con el que alcanzaría a pagar a Francia lo que le debía y consolidaría, además, en términos favorables, la deuda total del Imperio.

Desde un punto de vista estratégico, la colonización del noroeste sería para proteger el territorio “más débil, más expuesto y con más probabilidades de ser asaltado” del Imperio entero y constituiría una barrera inexpugnable contra cualquier agresión. Gwin insistía en la urgencia de la colonización. En cuanto terminara la Guerra de Secesión, miles de soldados licenciados -tanto de la Unión como de la Confederación- caerían sobre la región, sojuzgarían a los indios y se la arrebatarían a México para siempre, sin que ningún ejército mexicano pudiera recuperarla jamás. Era indispensable que la región fuese ocupada por inmigrantes que no pretendieran dirigir el Imperio, sino ser parte de él y que, como parte interesada, defendiesen aquellas provincias de los indios, de los ataques de naciones extranjeras y de los invasores de los ejércitos cesantes.

El “Plan” fue discutido, punto por punto, en un consejo del gabinete de Napoleón III y aprobado como la política que tendría que adoptar el emperador mexicano. Se nombró a Gwin director del proyecto, ya que se consideró que sus antiguas relaciones políticas le permitirían persuadir a sus partidarios de California para que viajaran al noroeste de México.

Para el norteamericano, la aprobación del plan se convirtió en la posibilidad de ver realizadas sus ambiciones -por supuesto-, algunas no expresadas claramente en el texto del proyecto. Ellas eran reconstruir su fortuna personal, explotar las minas del noroeste de México y poner los cimientos de un gran imperio comercial. Soñaba con un ferrocarril que comunicase Mazatlán con la desembocadura del Río Bravo y que conectara con los ferrocarriles texanos, con los puertos del norte y del sur. De esta manera se obtendría el monopolio del tránsito comercial de China, Japón y las Indias Orientales con América del Norte, América del Sur y Europa.<sup>5</sup>

El antiguo senador no pretendía que el nuevo departamento pasase a ser propiedad de los Estados Unidos. En los documentos relacionados con su proyecto aseguraba claramente que formaría parte del Imperio mexicano. Negó el embajador de Francia en Washington que la colonización norteamericana de la región significase algún peligro: ni los inmigrantes se rebelarían contra el gobierno ni intentarían anexionar Sonora a su país de origen.<sup>6</sup> No consideraba la posibilidad de que en el futuro se presentasen acontecimientos que él no pudiera controlar y que culminasen en un daño definitivo para la integridad mexicana.

Sin embargo, el plan aceptado por Napoleón III era irrealizable: partía de supuestos no comprobados -la riqueza de Sonora, la buena voluntad de los inmigrantes-, mencionaba pocos obstáculos -la ambición de los colonos y de los soldados, la hostilidad de los indios-, sugería soluciones simplistas -organización, un pequeño ejército, eliminación de los nativos- y proponía objetivos ambiciosos -desarrollo extraordinario

<sup>5</sup> Gwin a su hermano, (sin lugar), 1 de junio de 1864 en Hallie M. McPherson, “The Plan of William McKendree Gwin for a Colony in North Mexico, 1863-1865”, en *The Pacific Historical Review*, Glendale, California, The Arthur H. Clark Company, v. 2, núm. 4, diciembre de 1933, p. 386.

<sup>6</sup> Gwin a Mercier, París, 12 de marzo de 1864 en *The Overland...*, v. XVII, p. 505.

de los recursos naturales, fortalecimiento de las finanzas, pago de las deudas, fin de las agresiones norteamericanas-, difíciles de llevar a cabo.

El plan, además, implicaba riesgos considerables. Como se ha visto, los antecedentes de Gwin no lo acreditaban como un jefe adecuado para dirigir la explotación y poblamiento del noroeste de México. La presencia de un ejército francés en Sonora y Chihuahua podía terminar en una guerra con los Estados Unidos. La colonización del territorio con inmigrantes norteamericanos abría la puerta a una posible repetición de la historia de Texas. El más perjudicado sería el Imperio mexicano; una vez más sufriría la secesión de una parte importante de su territorio.

A pesar de que París había aprobado el proyecto de Gwin como la política que tendría que adoptar su gobierno, Maximiliano sintió, desde el principio, gran desconfianza hacia el norteamericano. Pensaba que si aceptaba sus propuestas acabaría por perder una región de su imperio. Para no enemistarse con Napoleón III, aparentó aprobar el "Plan de Colonización" y, sin embargo, se negó terminantemente a otorgar a Francia el derecho de las minas sonorenses no denunciadas o no trabajadas concedido por la Regencia. Acosado por presiones externas e internas y deseoso de librarse de la responsabilidad mexicana, el emperador galo tuvo que conformarse. Había de insistir en cuanto Maximiliano fuese emperador y necesitara dinero para pagar la deuda francesa.

Gwin trató de poner en práctica su plan desde el momento en que llegó a México. Aunque contaba con el sólido respaldo del embajador Montholon y -se suponía- con el apoyo del general Bazaine, fracasó en su empeño. El austriaco y sus ministros lo eludían para no darle una respuesta definitiva; estaban decididos a evitar el desarrollo del proyecto, pero no querían disgustar a Napoleón III. Finalmente, Maximiliano encontró un pretexto para no discutir con Montholon el asunto de la concesión minera cuando el embajador lo amenazó con conquistar Sonora de cualquier manera.<sup>7</sup> Lo acusó entonces de actuar más allá de sus instrucciones y declaró que en adelante sólo trataría al respecto con el emperador galo. No pensaba hacerlo. A una carta en la que éste le recomendaba a Gwin como el hombre más adecuado para dirigir la empresa sonorensis,<sup>8</sup> el monarca mexicano respondió evadiendo de nuevo el asunto<sup>9</sup> y consiguió, una vez más, su aplazamiento.

En Francia, la garantía minera suscitó comentarios muy desfavorables entre el público, la prensa y los diputados liberales del cuerpo legislativo. Estas críticas y, sobre todo, el próximo fin de la Guerra Civil estadounidense determinaron la suspensión del apoyo francés a los proyectos de Sonora y en consecuencia se comunicó a México tal decisión.<sup>10</sup> La noticia desalentó al exsenador quien, pese a todo, no perdió el ánimo y decidió regresar a Europa a reconquistar el favor de Napoleón III.

Gwin permaneció en Francia menos de un mes. Durante este tiempo reanimó el interés del emperador por la colonización del noroeste mexicano y, a su solicitud, elaboró otro plan.<sup>11</sup> En él describía de nuevo las ventajas que México y Francia obtendrían de la colonización del noroeste, indicaba los problemas que se presentarían y las soluciones que creía adecuadas para el triunfo de la expedición. Manifestaba su gran deseo de regresar a México a poner en marcha sus proyectos, si bien puntualizaba que no lo haría a menos que las tropas intervencionistas ocuparan la región y apoyasen la empresa. De otra manera, sabía que sus planes carecían de futuro.

<sup>7</sup>Montholon a su gobierno, México, 10 y 28 de noviembre de 1864 en Lilia Díaz, ed., *Versión francesa de México. Informes diplomáticos*, 4 v., (México), El Colegio de México, 1963-1967, v. 4, p. 57-59, 66-78.

<sup>8</sup>Napoleón III a Maximiliano, Compiègne, 16 de noviembre de 1864 en Corti, *op. cit.*, p. 634.

<sup>9</sup>Maximiliano a Napoleón III, Chapultepec, 27 de diciembre de 1864 en *ibidem*, p. 311.

<sup>10</sup>Drouyn de Lhuys a Montholon, (sin lugar), 29 de noviembre de 1864 en Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 153.

<sup>11</sup>Gwin a Napoleon III, París, 25 de marzo de 1865 y "Memorandum for Emperor Napoleon" en *The Overland...*, v. XVII, p. 515-519.

El norteamericano declaraba que el gobierno galo podría ayudar a México a solucionar sin riesgo alguno sus más urgentes problemas económicos, si Maximiliano consentía en extender la colonización a todos los estados del noroeste -no sólo Sonora y Chihuahua, sino también Durango y Sinaloa- y en aplicar los ingresos de las minas y las aduanas de esas provincias, al pago de los intereses y, si alcanzaban, aun al capital de la deuda mexicana.

La población indígena que las tropas francesas encontrarían al ocupar Sonora, según la caracterizaba Gwin, pertenecía en buena medida a una raza en extinción, hostil a los blancos con quienes luchaba continuamente desde la época colonial. Todas las tribus podrían someterse a las autoridades, salvo la de los apaches, la “más salvaje y feroz del continente americano”. La lucha contra ellos tendría que ser de exterminio. Sólo un pueblo enérgico lograría eliminarlos o, en último caso, expulsarlos definitivamente de México.

En cuanto a los blancos y mestizos, sometidos durante muchos años tanto al pillaje y a la violencia de los apaches como a las guerras civiles, Gwin juzgaba que habían caído en un “abyecto” estado de sumisión; habían perdido, al parecer, su “orgullo viril y nacional”. Eran indolentes y cobardes. Los apaches se burlaban de ellos llamando a Sonora el “Rancho Apache” y diciendo que les permitían habitarlo “con el propósito de que críen y guarden el ganado” que, al fin y al cabo, iban a aprovechar los propios indios.

El exsenador aseguró al emperador francés que Juárez contaba con un gran ejército y que, en Sonora, haría un último esfuerzo por recuperar el dominio de México. Aclaraba, no obstante, que el expresidente no era de temer pues, ciertamente, las tropas expedicionarias eran capaces de derrotarlo y obligarlo a buscar refugio en los Estados Unidos. Lo que revestía gran importancia era considerar que entonces el gobierno francés tendría que decidir entre retirar o dejar a sus soldados en la región. La retirada constituiría un error. Los sonorenses, solos, eran incapaces de defender el territorio contra los enemigos del Imperio, de someter a las tribus indígenas y de exterminar o expulsar a los apaches. Por otra parte, mantener un ejército en un lugar prácticamente deshabitado, sin cultivos, lejos de una base desde la cual se pudiese abastecer, representaría para Francia una enorme inversión.

El norteamericano sabía que a Napoleón III no le resultaría agradable tomar alguna de esas medidas, ya que podrían complicar seriamente su política mexicana. Insistió, por ello, en que su plan de colonización superaría todos los obstáculos. La atracción del capital y la mano de obra de otros países, por medio de concesiones y privilegios, pondría a trabajar y a producir las tierras agrícolas y las minas desocupadas. Se aseguraría así un rápido poblamiento de las provincias del noroeste. Pronto podrían defenderse de las devastaciones indígenas y de las invasiones extranjeras y, en consecuencia, prescindir poco a poco de las tropas francesas. Se exigiría a los inmigrantes un solo requisito: lealtad al gobierno imperial mexicano, al que deberían apoyar en el caso de que estallase una revolución o sobreviniese un ataque del exterior. Lamentaba que su primer proyecto de colonización no se hubiera llevado a cabo esa primavera. Numerosos mineros y agricultores de los estados norteamericanos del Pacífico se habían mostrado dispuestos a reunirse con el ejército galo apenas llegase al límite norte de Sonora. Deseaban explotar las minas abandonadas y obtener del fértil suelo las dos cosechas que anualmente producía. Esa “audaz, vigorosa y enérgica raza de hombres” sabría defender la región de cualquier invasión enemiga o incursión de los indios. Esto habría permitido que Bazaine retirase gradualmente a sus soldados y que dejara, nada más, una serie de puestos militares en la frontera.

Empero, aunque se había perdido una preciosa oportunidad, el noroeste podría transformarse todavía en “una de las regiones más ricas y prósperas” del mundo a base de trabajo y sólo los inmigrantes extranjeros estaban dispuestos a realizar ese esfuerzo. Contaba para la colonización con los sureños, con sus partidarios de

California y con los miles de enemigos del gobierno de Lincoln que, en los estados de la Unión, sufrían la hostilidad de sus simpatizantes. Todos deseaban establecerse en el norte de México y dedicarse a desarrollar sus recursos, a fortalecer el poder del Imperio y a defenderlo de las guerras civiles y de los ataques del exterior. Obedecerían las leyes si éstas los protegían y sólo demandarían del gobierno de Maximiliano estabilidad y protección para sus propiedades. El país obtendría indudables ventajas; resolvería, por ejemplo, sus problemas financieros, gracias a los ingresos derivados del trabajo de los nuevos habitantes, cuyo número seguiría aumentando.

Por lo demás, la colonización extranjera del norte de México no podía provocar el enojo del gobierno norteamericano o de cualquier otro gobierno, puesto que no se pretendía ofender a nadie. Gwin descartaba la idea de que la inmigración fuera un peligro y de que la convivencia de razas diferentes en un mismo territorio pudiese desembocar en un conflicto. Su conclusión era bastante evidente: el capital y la mano de obra de otros países eran la única forma de desarrollar el noroeste de México. No sólo eso: estaba también en ellos la única esperanza de que, algún día, el Imperio mexicano pudiera superar la dependencia que significaba la ayuda económica extranjera y, por lo tanto, de que las tropas francesas llegasen a abandonar el territorio sin peligro para el mismo.

Preocupado por el mal estado de las cosas en México e impresionado por el optimismo del exsenador, Napoleón III aprobó su plan y le pidió que retornase a tierras mexicanas de inmediato. Mas, para no comprometerse demasiado, el monarca escribió a Bazaine dejando para él y Maximiliano la decisión final sobre la empresa. Gwin creyó, equivocadamente, que en la carta se ordenaba a Bazaine que lo respaldara con su ejército.<sup>12</sup>

El exsenador volvió a México a principios de mayo de 1865. En La Habana, durante el viaje de regreso, se enteró de la rendición -el 9 de abril- del ejército confederado. La noticia lo sorprendió desagradablemente. Se daba cuenta de que el gobierno norteamericano podría exigir a Napoleón III la retirada de sus tropas y de que, si el emperador francés accedía, sus proyectos de colonización no se llevarían a cabo. Empero, procuró no desanimarse. Ahora, más que nunca, estaba seguro de que la adopción de sus planes constituía la salvación del Imperio mexicano.

Para sustituir al duque de Morny -fallecido hacía poco-, Gwin se asoció con tres compatriotas: dos militares -Pierre Soulé, confederado, y Charles P. Stone, "norteño"- y un periodista -Massey, del *New York Daily News*-. Discutió con ellos la empresa y ofrecieron al público concesiones mineras y ferrocarrileras. Aunque no lo creía indispensable, el exsenador deseaba conseguir el respaldo de Maximiliano y charlar con él, ya que así facilitaría el desarrollo de sus planes. Sin embargo, el emperador estaba fuera de la capital y habían de pasar algunos días antes de que regresara a ella. No contaba más que con la ayuda de Bazaine, pues su amigo Montholon había sido trasladado a Washington y el nuevo embajador, Alphonse Dano, se mostraba bastante escéptico ante su idea de colonización. Pero Bazaine, quien no se preocupó por explicarle que Napoleón III le había puesto su futuro en las manos, no tenía la menor intención de colaborar con él.<sup>13</sup>

Aunque no lo había considerado importante, el principal obstáculo con el que Gwin tropezó fue la oposición de Maximiliano. El emperador, ya sin la presión de Napoleón III, no deseaba enemistarse con los Estados Unidos -soñaba con obtener el

<sup>12</sup>Gwin a su esposa, México, 11 de mayo de 1865 en *ibidem*, v. XVIII, núm. 102, junio de 1891, p. 593.

<sup>13</sup>En realidad, el mariscal favorecía los proyectos de colonización de Charles Thiele, quien proponía la ocupación del noroeste de México por 10 mil franceses que, como él, habían emigrado a California en busca de trabajo, sin que después de quince años hubiesen logrado algo más que pobreza, opresión y cada vez menos esperanzas de regresar a Francia. James C. Shields, *Inmigración y colonización durante el segundo imperio mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras (tesis), 1958.





reconocimiento de su gobierno- ni tampoco contrariar la actitud nacionalista de la prensa y la opinión pública, indignados por lo que creían una amenaza a la integridad e independencia de México. Por ello rechazó, definitivamente, los proyectos de colonización del noroeste y autorizó la declaración, en el periódico oficial, de que su gobierno no tenía la menor relación con el exsenador y sus planes.<sup>14</sup>

Gwin, indignado, quiso protestar y reivindicar su nombre de manera pública. No pudo hacer nada. No sólo Bazaine se negó a intervenir -no quería provocar una discusión con Maximiliano, quien le había asegurado que regresaría a Europa si el ejército francés apoyaba la empresa sonoreense-, sino que el mismo Napoleón III no daría respuesta a la demanda de ayuda que le envió casi de inmediato.<sup>15</sup>

Derrotado, Gwin emprendió el regreso a su patria el 4 de julio de 1865. De esta forma había fracasado una posibilidad más de expansión territorial norteamericana.

<sup>14</sup>*El Diario del Imperio*, México, 26 de junio de 1865, p. 593-595.

<sup>15</sup>Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865 en *The Overland...*, v. XVIII, p. 596.